

## Ideal del crítico\*

*Machado de Assis*

Se figuran algunos que ejercer la crítica es una tarea fácil, como a otros les parece igualmente fácil la tarea de legislador, pero para la representación literaria como para la representación política es necesario tener alguna cosa más que un simple deseo de hablar a la multitud. Desgraciadamente es la opinión contraria la que domina, y la crítica, desamparada por los lúcidos, es ejercida por los incompetentes.

Son obvias las consecuencias de una tal situación. Las musas, privadas de un farol seguro, corren el riesgo de naufragar en los mares siempre desconocidos de la publicidad. El error producirá error; amortecidos los nobles estímulos, derribadas las legítimas ambiciones, sólo un tribunal será acatado, y ése, si bien es el más numeroso, es también el menos decisivo. El poeta oscilará entre las sentencias mal concebidas del crítico y los arrestos caprichosos de la opinión; ninguna luz, ningún consejo, nada le mostrará el camino que debe seguir —y la muerte próxima será el premio definitivo de sus fatigas y de sus luchas.

¿Llegamos ya a las tristes consecuencias? No quiero proferir un juicio, que sería temerario, pero cualquiera puede notar con qué largos intervalos aparecen las buenas obras, y cómo son raras las publicaciones marcadas por un talento verdadero. ¿Queréis cambiar esta situación aflictiva? Establecer la crítica, pero la crítica fecunda, y no la estéril, que nos aborrece y nos mata, que no refleja ni discute, que derriba por capricho o levanta por vanidad; establecer la crítica razonadora, sincera, perseverante, elevada, ese será el medio de realzar los ánimos, promover los estímulos, guiar a los nuevos, corregir a los talentos ya hechos; condenad al odio, a la camaradería y a la indiferencia —esas tres llagas de la crítica de hoy—, poned en lugar de ellas la sinceridad, la solicitud y la justicia, y sólo así tendremos una gran literatura.

Está claro que a esa crítica, destinada a producir tamaña reforma, se debe exigir las condiciones y las virtudes que faltan a la crítica dominante; y

\* Publicado en el Diario de Río de Janeiro, el 18 de octubre de 1865 y recogido posteriormente en el volumen *Crítica literaria*. Lo hemos traducido por la edición de 1953 de las *Obras Completas*, W. M. Jackson Inc. Editores, São Paulo.

para definir mejor mi pensamiento he aquí lo que yo exigiría al crítico del futuro.

El crítico actualmente aceptado no destaca por la ciencia literaria, creo incluso que una de las condiciones para desempeñar tan curioso papel es despreocuparse de todas las cuestiones que tienen que ver con el dominio de la imaginación. Otra, mientras tanto, debe ser la marcha del crítico. Lejos de resumir en dos líneas –cuyas frases ya el tipógrafo tiene hechas– el juicio sobre una obra, le cumple meditar profundamente sobre ella, buscarle el sentido íntimo, aplicarle las leyes poéticas, ver, en fin, hasta qué punto la imaginación y la verdad dialogan en dicha producción. De este modo las conclusiones del crítico sirven tanto a la obra ya hecha como a la obra en embrión. Crítica es análisis: la crítica que no analiza es la más cómoda, pero no puede pretender ser fecunda.

Para realizar tan diversas obligaciones, entiendo que no basta una lectura superficial de los autores, ni la simple reproducción de impresiones de un momento; se puede, es verdad, fascinar al público mediante una fraseología que se emplea siempre para alabar o rebajar; pero en el ánimo de aquellos para los que una frase nada vale desde que no contiene una idea, ese modo es impotente y esa crítica, negativa.

No comprendo al crítico sin conciencia. La ciencia es la conciencia, he aquí las dos condiciones principales para ejercer la crítica. La crítica útil y verdadera será aquella que, en vez de modelar sus sentencias por un interés, sea el interés del odio, sea el de la adulación o de la simpatía, trate de reproducir únicamente los juicios de su conciencia. Ella debe ser sincera, a riesgo de ser nula. No le es dado defender sus intereses personales, ni los ajenos, sino solamente su convicción, y su convicción debe formarse tan pura y tan alta que no sufra la acción de las circunstancias externas. Poco le deben importar las simpatías o antipatías de los otros; una sonrisa complaciente, si puede ser recibida y retribuida con otra, no debe determinar, como la espada de Breno, el peso de la balanza; por encima de todo, de las sonrisas y de las desatenciones, está el deber de decir la verdad, y en caso de duda, antes callarla que negarla.

Con estos principios, comprendo que es difícil convivir, pero la crítica no es una profesión de rosas, y si lo es, lo es solamente en lo que respecta a la satisfacción de decir la verdad.

De las dos condiciones antes indicadas se deducen naturalmente otras, tan necesarias como ellas para el ejercicio de la crítica. La coherencia es una de esas condiciones, y sólo puede practicarla el crítico verdaderamente concienciado. De hecho, si el crítico, en la manifestación de sus juicios, se deja impresionar por circunstancias ajenas a las cuestiones literarias, ha

de caer frecuentemente en contradicción, y sus juicios de hoy serán la condenación de sus apreciaciones de ayer. Sin una coherencia perfecta, sus sentencias pierden todo vislumbre de autoridad, y reduciéndose a la condición de veleta, movida al soplo de todos los intereses y de todos los caprichos, el crítico acaba siendo únicamente el oráculo de sus inconscientes aduladores.

El crítico debe ser independiente –independiente en todo y de todo–, independiente de la vanidad de los autores y de la vanidad propia. No debe cuidarse de inviolabilidades literarias, ni de ciegas adoraciones, pero también debe ser independiente de las sugerencias del orgullo, y de las imposiciones del amor propio. La profesión del crítico debe ser una lucha constante contra todas esas dependencias personales que desautorizan sus juicios, sin dejar de pervertir la opinión. Para que la crítica sea maestra, es necesario que sea imparcial –armada contra la insuficiencia de sus amigos, solícita hacia el mérito de sus adversarios–, y en este punto la mejor lección que yo podría presentar a los ojos del crítico sería aquella expresión de Cicerón, cuando César mandaba levantar las estatuas de Pompeyo: «Levantando las estatuas de tu enemigo consolidas tus propias estatuas».

La tolerancia es también una virtud del crítico. La intolerancia es ciega y la ceguera es un elemento del error; el consejo y la moderación pueden corregir y encaminar las inteligencias, pero la intolerancia nada produce que tenga las condiciones de fecundo y duradero.

Es necesario que el crítico sea tolerante, incluso en el terreno de las diferencias de escuela: si las preferencias del crítico son por la escuela romántica, le cumple no condenar, sólo por eso, las grandes obras que la tradición clásica nos legó, ni las obras meditadas que la musa moderna inspira. Del mismo modo deben los clásicos hacer justicia a las buenas obras de los románticos y de los realistas, tan entera justicia como éstos deben a las obras buenas de aquéllos. Puede haber un hombre de bien en el cuerpo de un mahometano, puede haber una verdad en la obra de un realista. Mi admiración por *El Cid* no me hace oscurecer las bellezas de *Ruy Blas*. La crítica que, para no tomarse el trabajo de meditar y profundizar, se limita a una proscripción en masa, sería la crítica de la destrucción y del aniquilamiento.

¿Será necesario decir que una de las condiciones de la crítica debe ser la urbanidad? Una crítica que, para la expresión de sus ideas, sólo encuentra fórmulas ásperas, puede perder las esperanzas de influir y dirigir. Para mucha gente será ése el medio de probar independencia, pero los ojos experimentados harán muy poco caso de una independencia que necesita salir de la sala para mostrar que existe.

Moderación y urbanidad en la expresión, he ahí el mejor medio de vencer; no hay otro que sea tan eficaz. Si la delicadeza de las maneras es un deber de todo hombre que vive entre los hombres, con más razón es un deber del crítico, y el crítico debe ser delicado por excelencia. Como su obligación es decir la verdad, y la dice a lo que hay más susceptible en este mundo, que es la vanidad de los poetas, le cumple, a él sobre todo, no olvidar nunca ese deber. De otro modo, el crítico pasará el límite de la discusión literaria para caer en el terreno de las discusiones personales; cambiará el campo de las ideas en campo de palabras, de injurias, de recriminaciones –si una buena dosis de sangre fría por parte del adversario no tornara imposible ese espectáculo indecente.

Saber la materia de la que se habla, buscar el espíritu de un libro, descarnarlo, profundizarlo, hasta encontrarle el alma, indagar constantemente las leyes de lo bello, todo eso con la mano en la conciencia y la convicción en los labios; adoptar una regla definida a fin de no caer en la contradicción, ser franco sin asperezas, independiente sin injusticia, tarea noble es esa que más de un talento podría desempeñar si quisiese aplicarse exclusivamente a ella. A mi entender es incluso una obligación de todo aquel que se sienta con fuerza de intentar la gran obra de análisis concienzudo, solícita y verdadera.

Los resultados serían inmediatos y fecundos. Las obras que pasasen del cerebro del poeta a la conciencia del crítico, en vez de ser tratadas conforme a su buen o mal humor, estarían sujetas a un análisis severo, aunque útil; el consejo sustituiría a la intolerancia, la fórmula urbana estaría en el lugar de la expresión rústica, la imparcialidad daría leyes en lugar de los caprichos, de la indiferencia y de la superficialidad.

Esto por lo que respecta a los poetas. En cuanto a la crítica dominante, como no podría sustentar por ella misma, –o trataría de entrar en el camino de los deberes difíciles pero nobles–, o quedaría reducida a conquistar por sí misma los aplausos que le negasen las inteligencias esclarecidas.

Si esta reforma, que yo sueño sin esperanzas de una realización cercana, viniese a cambiar la situación actual de las cosas, ¡qué talentos nuevos, qué nuevos escritos, qué estímulos, qué ambiciones! El arte tomaría nuevos aspectos a los ojos de los debutantes; las leyes poéticas –tan confundidas hoy y tan caprichosas– serían las únicas por las cuales referirse al merecimiento de las producciones, y la literatura alimentada todavía hoy por algún talento corajudo y bien encaminado, vería nacer para ella un día de florecimiento y prosperidad. Todo eso depende de la crítica. Que ella aparezca, convencida y resuelta, y su obra será la mejor obra de nuestros días.

Traducción: *Juan Malpartida*